

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2022

NARRATIVA CASTELLANO 17 -18 AÑOS
PRIMER PREMIO

Al final de la vía Adriana Mateo Larrainzar

Tal vez lo más doloroso de aquella mañana fuese ver las sonrisas de mis padres escondiendo una profunda tristeza por saber que no volverían a ver a su hijo. Nadie que se hubiese ido en aquel tren a la ciudad había vuelto. La estación estaba llena de caras desconocidas, pero en todas ellas reconocía la misma expresión de miedo que había visto hace menos de una hora en mis ojos pardos. Embarcarme en aquel viaje me aterraba. Decidí ir directo al revisor para entregarle el billete y sentarme en el tren. Tenía la sensación de que, si soltaba la maleta por un momento, no sería capaz de volver a levantarla para irme. Aún recuerdo cómo me temblaban las manos cuando le entregué el billete de mi futuro a aquel hombre. Me sonrió con cierta burla y dijo: «No se preocupe, que el caos de la ciudad le convertirá en un hombre». ¿Qué era ser un hombre? ¿Acaso aquel chaval aterrado y soñador no era ya un hombre? Le sonreí con cortesía y me señaló el vagón al que tenía que ir. La madera del tren crujía bajo mis zapatos de tela, a pesar de que mis pasos eran los de un gato.

Cuando por fin me senté, aún no había nadie en el asiento contiguo. Aguardé en silencio, con las manos entrelazadas en el regazo, viendo el bullicio de la estación. En frente de mí había una pared en la que destacaba un pequeño agujero que revelaba el otro vagón. Absorto en los detalles de aquel tren, la mano de la experiencia me trajo de vuelta a la realidad.

—Perdone, joven, ¿este es el asiento doce? —preguntó aquel hombre de pelo blanco y ojos marrones.

—Así es —le contesté con amabilidad. Por una extraña razón, me sentí cómodo cerca de él, como si fuese un amigo de siempre.

Se sentó con cuidado y respiró profundamente con los ojos cerrados. Me contó que, a pesar de haberse montado docenas de veces en ese tren, seguía sintiendo el mismo miedo por lo incierto de cada viaje. Era un hombre casado y con dos hijos ya adultos.

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2022

Al parecer, vivía en la ciudad, pero había vuelto a las afueras para negociar la venta de la casa donde vivía su familia.

—No esté nervioso y disfrute —me dijo con cierta diversión— al fin y al cabo, es una nueva experiencia para usted. Nunca olvidaré la primera vez que me subí a este tren. ¡Qué ingenuo era!

Mi mirada se quedó fija en la ventanilla, como si el cuadro más apasionante que había contemplado nunca se estuviera dibujando continuamente al otro lado. Sin embargo, la revolución de emociones apareció cuando mis ojos se toparon con unos ojos grises plomizos al otro lado de aquel agujero en la madera. Nunca llegaré a comprender qué es lo que me quiso decir el corazón en aquel momento, pero el tiempo se paralizó como si ni siquiera la Tierra fuese capaz de seguir girando alrededor del Sol. Ese gris pertenecía a un chico igual de joven que yo. Tenía el pelo tan negro como el carbón que mi padre traía de la mina. La nariz y los pómulos se complementaban para crear un rostro fascinante. Los dos mantuvimos la mirada por ese angosto agujero en la pared mientras el mundo se quedaba en silencio para que yo advirtiese los latidos del corazón. Me sentía como si hubiese visto una estrella fugaz. Con esa sensación de haber sido el único afortunado de presenciar algo mágico. De repente, ese agujero insignificante se convirtió en un muro de hormigón a la vez que en una ventana a ese cielo con el que tantas veces acabaría soñando.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que desvié la mirada de aquel agujero. El miedo que atormentaba mis pensamientos fue sustituido por una confusión que no era capaz de resolver. No me atreví a moverme durante un buen tiempo. Cerraba los ojos y solo era capaz de verlo a él. Quería hablarle —tal vez eso deshacía el nudo de sentimientos—, pero mi boca estaba sellada. Opté por coger un trozo de papel de mi libreta y escribir un escueto «Hola». Enrollé el papel con delicadeza y, tras una mirada de complicidad con el chico, lo introduje por el agujero.

Estaba inquieto a la espera de la respuesta del muchacho. Vi cómo sonreía al leer el papel y cómo escribía una respuesta. Desenrollé ansioso aquella hoja, sin saber que entre mis manos tenía el mapa de un nuevo mundo. Dejé de respirar cuando leí la tinta que impregnaba el papel: «Creo que nos hemos gustado». Sentí cómo se

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2022

me incendiaban las mejillas de ira e impotencia. ¿Cómo tenía el descaro de insinuar aquello? Rompí la hoja inmediatamente y la apreté con fuerza dentro de mi puño. Miré por la ventanilla buscando una manera de abrirla cuando el señor del asiento de al lado me interrumpió.

—¿Por qué no le da una oportunidad?—preguntó evidenciando que había presenciado toda la trama—. No quisiera que se arrepintiese después. Nunca he soportado a la gente arrepentida.

Aquel comentario me enfureció aún más. Decidido, tiré los papeles por un hueco que dejaba la ventanilla, para que el viento se llevase lejos aquellas palabras. Aunque yo entonces no fui consciente de ello, el viento no se llevó unos simples trozos de papel, sino toda una vida.

No me atreví a volver a mirar por el agujero. No quería admitir lo que creía saber: me había enamorado. Nunca había comprendido qué era el amor hasta ese momento. Pero, cuando mi mirada se cruzó con la suya por primera vez, supe que una emoción hasta entonces desconocida había aparecido. Sentí que había visto algo de lo que ya no podría escapar jamás. Había descubierto a alguien tan cautivador que me había enamorado desde el primer momento. Pero no podía sentir aquello. Era antinatural sentir amor por otro hombre. ¿Qué dirían mis padres al enterarse? Jamás lo aprobarían. Aquello no tenía ningún futuro posible. Ninguna luna querría resguardar en la oscuridad a dos hombres enamorados. Ninguna vela querría iluminar nuestros cuerpos entrelazados. Aquel cielo lleno de sueños, había resultado ser un océano de pesadillas.

Pensé que alejándome de aquel papel todo se solucionaría. Que yo volvería a vislumbrar aquel futuro planeado; pero cada vez se volvía más nublado. Y como una estrella nacida de una nebulosa, apareció un nuevo sentimiento: la curiosidad. ¿Qué pasaría si le volvía a escribir? Tal vez seguir el instinto del corazón era impulsivo e insensato, pero me negaba a vivir con el arrepentimiento martirizándome por dentro. Inseguro pero ilusionado, escribí en un nuevo papel: «Me gustas». Lo enrollé con cuidado y fui a meterlo por el agujero, pero al levantar la mirada no me encontré con esos ojos grises que tanto me habían hipnotizado. No estaba. En su lugar se encontraba una chica

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2022

morena que sonreía leyendo un libro. ¿Dónde estaba él?

—Se ha ido —intervino el hombre con un deje de añoranza que no supe interpretar.

—¿Volverá? —pregunté sin realmente querer escuchar la respuesta.

—Hay vidas que solo se nos presentan una vez, chico.

Miré el agujero durante horas con la esperanza de volver a verlo. Quería, necesitaba, volver a sentir aquel amor, aquella ilusión, aquellos nervios; pero jamás volví a verlo. Aquella mujer que veía ahora por el agujero era quien supuestamente debía despertar en mí todos esos sentimientos, pero solo sentía frialdad.

Me quedé en silencio el resto del viaje. Supuse que el joven se había bajado en alguna parada anterior, mientras yo había estado encerrado en la cárcel de lo correcto. Había descubierto ese cielo lleno de sueños y, por confundirlo con pesadillas, me había despertado. Y al igual que en los sueños de verdad, por mucho que quieras, no puedes volver a ellos una vez has abierto los ojos. Puedes imaginarlo de nuevo, pero las sensaciones son frías y el recuerdo cada vez más borroso.

Aún sigo viendo cada vez que me subo a ese tren al chico de diecisiete años que descubrió la felicidad y la soltó en el aire. Ya no hay tristeza, no hay juicios, ni hay incertidumbre. Pero tampoco hay ilusión, curiosidad o dicha. Solo hay arrepentimiento y tengo que lidiar con ello cada día de mi vida. Una vida que no me pertenece, pero de la cual yo decidí formar parte. Si tan solo hubiese seguido los consejos de la experiencia; si tan solo me hubiese dejado llevar. Pero el miedo fue más fuerte y lo ha seguido siendo hasta los últimos días. Ahora, con la piel llena de arrugas, contemplo el cielo, imaginando cómo sería haber vivido en él.